

Imaginarios sociales y extractivismo en América Latina: el impacto de la Era del Imperio (1875-1914)

Social Imaginaries and Extractivism in Latin America: the impact of the Empire Era (1875-1914)

Josafat Morales Rubio

<https://orcid.org/0000-0002-3005-6668>

Filiación institucional: Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla, México

josafatraul.morales@upaep.mx

Introducción

Desde la llegada de los primeros europeos, América Latina ha sido una importante fuente de recursos naturales para la economía global.¹ En un inicio, los colonizadores, principalmente españoles y portugueses, centraron su atención en los metales preciosos, pues provenían de economías monetarias donde el oro era escaso y por lo mismo muypreciado.

Aunque dicho metal fue tal vez el producto que más llamó la atención de los colonizadores, generando grandes historias como la de El Dorado, la plata fue realmente el producto que más se extrajo del Nuevo continente. De acuerdo con Carlos Marichal "la América española produjo más plata de manera regular y durante un periodo más

1 Esta es, en pocas palabras, la teoría presentada por Immanuel Wallerstein en sus cuatro libros *El moderno sistema mundial*, según la cual el surgimiento del mundo capitalista sería consecuencia del descubrimiento de América y la división axial del trabajo entre países centrales y periféricos. Crf. Immanuel Wallerstein *El moderno sistema mundial III, La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*, "prólogo", pp. XI-XVII.

CITA ESTE CAPÍTULO

Morales, J. (2023). "Imaginarios sociales y extractivismo en América Latina: el impacto de la Era del Imperio (1875-1914)" en D'Atri, A.M., Morales, J. y Muñoz, K. (Coords.). *Conflictos ambientales y extractivistas en América Latina. Abordajes diversos desde los imaginarios sociales*. (pp. 122-140). Puebla, México: Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla. Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

prolongado que ninguna región en el mundo (...)” haciendo del peso de plata hispanoamericano el “dominante en el comercio internacional durante 300 años” (Marichal, 2017, pp. 40-41).

Con el paso del tiempo, los españoles encontraron otros productos que serían de utilidad en el viejo continente, y ya para el siglo XVIII el mismo autor nos dice que “las flotas españolas regresaban a Europa de las colonias cargadas de los siguientes productos, en orden de importancia: plata, oro, tabaco, grana cochinilla, índigo y otros tintes, cacao, cueros y una considerable variedad de materias primas adicionales en menor volumen y de menor valor, como la quinina y la vainilla” (Marichal, 2017, p. 57). Ahora bien, esta premisa, aunque difícilmente negable, debe ser matizada. Como dice Mariano A. Bonialiani:

Gran parte de la literatura global define el papel de la América, tanto española como portuguesa, como un espacio pasivo, proveedor de plata y oro que alimenta la monetización de las “verdaderas” economías desarrolladas. Nadie podría cuestionar esta premisa básica y tradicional, pero su aceptación acrítica esconde un supuesto arriesgado: que la expulsión del metal hacia el exterior es automática, es decir, sin que operen o sean decisivas las redes económicas y políticas impulsadas desde el interior por las élites locales. (Bonialian, 2019, p.16)

Si bien el comercio entre el nuevo y el viejo continente tuvo durante muchos años como su componente principal las materias primas, es importante analizar de manera particular los procesos que se dieron en diversas épocas. Durante la época colonial, las materias primas salieron por medio de, al menos, tres vías:

- I. A través del comercio oficial: Saliendo por los puertos de El Callao y Veracruz, para el caso español, los productos eran llevados a Sevilla, desde donde se controlaba la mayor parte de ellos. Desde ahí, la metrópoli podía procesarlos, como en el caso del tabaco proveniente de Cuba (Nater, 2017, pp. 132-165), o lo podía comercializar con otros países europeos o, incluso, con otros países como China.
- II. A través de la Nao de China: Partiendo del puerto de Acapulco, principalmente la plata era embarcada con destino a Las Filipinas, desde donde se comerciaba con China, importante acumuladora de dicho metal (Bonialian, 2019).
- III. A través del contrabando: Saliendo por los puertos controlados por británicos y holandeses en el Caribe, llegaba a los países del norte de Europa sin pasar por las metrópolis.

Con la llegada de las llamadas Reformas Borbónicas, el monopolio de Sevilla se vería fuertemente afectado, permitiendo el comercio dentro de las propias colonias, e incluso con potencias extranjeras. La invasión napoleónica a la península ibérica y la posterior independencia de los países latinoamericanos terminó por aniquilar dicho monopolio, pero, aunque formalmente dejarán de ser colonias, los nuevos países continuaron dependiendo económicamente de la exportación de casi los mismos productos para obtener los capitales necesarios que les permitirían fortalecer sus economías locales.

Retomando el ejemplo de la plata, ésta continuó siendo el principal producto de exportación para México y Bolivia, representando para el caso mexicano alrededor del 80% de las exportaciones hasta el penúltimo decenio del siglo (Marichal, 2017, p. 70). Para dicha época, que es en la que nos centraremos en este trabajo, aunque se mantendrá la importancia de las materias primas en las exportaciones latinoamericanas, el comercio sufrirá importantes cambios.

Para poder hacer el análisis de dicho cambio, en el presente capítulo utilizaremos dos conceptos centrales, extractivismos e imaginario social. Si bien en este libro hemos visto ya algunas propuestas sobre cómo podemos comprender el extractivismo desde los imaginarios sociales, quisiera hacer algunas precisiones teóricas que nos permitan entender lo que a continuación analizaremos.

Iniciemos con el concepto de extractivismo. De acuerdo con Eduardo Gudynas, el extractivismo es “un tipo de extracción de recursos naturales, en gran volumen o alta intensidad, y que están orientados esencialmente a ser exportados como materias primas sin procesar, o con procesamiento mínimo.” (Gudynas, 2015, p. 13) Aunque existen otro tipo de extracciones que afectan tanto al medio ambiente como a las comunidades humanas, sólo aquellas que cumplen con estas características son consideradas como extractivismo.

Ahora bien, el mismo autor nos habla de cuatro generaciones diferentes de este tipo de explotación de riquezas naturales. Para el caso que aquí nos ocupa, hablaremos de extractivismo de segunda generación, en la que la fuerza humana y animal fue sustituida por máquinas de vapor y motores de combustión interna simples, acompañados de nuevos tratamientos químicos que hicieron que el volumen de los productos extraídos aumentará de manera importante. Aunado a esto, como veremos más adelante, la mejora de los medios de transporte, específicamente el ferrocarril y los barcos de vapor, facilitaron el transporte de las mercancías.

Por otro lado, para hablar de imaginarios sociales, el presente texto toma como marco teórico la conceptualización realizada por Cornelius Castoriadis en su libro *La institución imaginaria de la sociedad*. Para Castoriadis, el imaginario social se presenta como un magma de significaciones, “aquello de lo cual se puede extraer (o, en el cual se puede construir) organizaciones conjuntistas en cantidad indefinida, pero que jamás puede ser reconstruido (idealmente) por composición conjuntista (finita ni infinita) de esas organizaciones” (Castoriadis, 2013, p. 534).

Atendiendo a la imagen de magma volcánico, podemos entender a lo que se refiere. El imaginario social sería una mezcla semilíquida de pensamientos, conceptos, palabras e imágenes que serían compartidas por un grupo de personas. Debido a que no se trata de una ideología perfectamente definida, sino elementos que cada individuo puede organizar de manera distinta, es posible pensar que dicho imaginario sea compartido por la población de una nación latinoamericana, que no tendría que pensar de manera idéntica, sino contar con elementos similares que cada ciudadano tomaría y organizaría de manera individual.

Partiendo de todo lo anterior, el presente capítulo busca analizar cómo fue que la extracción de materias primas de América Latina, entendida como aquella que se **dio** en alta intensidad y con poco o nulo procesamiento, durante la llamada Era del Imperio, que abarca de 1875 a 1914, impactó el magma de significaciones de las naciones latinoamericanas, colocando dentro del imaginario social de cada país dichos productos.

Para lograr nuestro objetivo, analizaremos de manera somera los principales cambios de carácter político y económico que se vivieron en el mundo en esos años, para después centrarnos específicamente en el extractivismo en América Latina.

El periodo: la era del Imperio

El historiador inglés Eric Hobsbawm (2015) ha llamado al siglo XIX el “siglo largo”, pues afirma que este inició en 1789 con la Revolución Francesa y terminó en 1914 con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Así mismo, asegura que puede ser dividido en 3 periodos sucesivos: la Era de la Revolución, la Era del Capital y la Era del Imperio.

El primer período (1789-1848), dice el marxista inglés, estará marcado por la doble revolución, la Industrial en lo económico y la francesa en lo político. En ella, podemos también localizar las independencias de América Latina, que si bien no son centrales para el estudio del historiador marxista, si tuvieron un impacto importante sobre nuestro subcontinente.

El segundo periodo (1848-1875) será el del desarrollo del capitalismo y la creación de la identidad proletaria en Europa. Al inicio de este periodo, únicamente Inglaterra y Bélgica se encontraba industrializada, pero ya para finales del mismo, nos dice el mismo autor, el resto de los países del primer mundo se industrializaron, con lo que el planeta quedaría plenamente dividido entre países “desarrollados” o “centrales”, y “subdesarrollados” o “periféricos”.

Para el caso de América Latina, los países del subcontinente pasarían por alrededor de 50 años de crisis internas tras sus independencias, en los que las oligarquías locales buscaron convertirse en una élite gobernante legítima, al tiempo que buscaban tener acceso directo al comercio internacional. (Williamson, 2014, p. 278) Estos conflictos finalizaron, en términos generales, con el triunfo del liberalismo, coincidiendo con el periodo planteado con Hobsbawm.

El tercer y último periodo (1875-1914) será el del expansionismo imperial de Europa y el desarrollo del comercio internacional a gran escala. Durante esta etapa, que es la que nos interesa, el comercio internacional sufrirá diversos cambios que afectarán de igual manera a la región Latinoamericana, pues la extracción de materias primas del subcontinente aumentará de manera importante.

A la par de estos cambios económicos en el mercado global, los países latinoamericanos, en términos generales, alcanzaron un periodo de estabilidad política que no habían logrado desde sus independencias. Ante la convergencia de ambas características, el aumento del comercio internacional y la estabilidad política, la llamada Era del Imperio va a tener las características del extractivismo de segunda generación que comentábamos, teniendo un importante efecto sobre el imaginario social, como veremos más adelante.

Pero, antes de entrar al tema propiamente económico, es importante abordar la dimensión política. De acuerdo con Immanuel Wallerstein,

El siglo XIX presenció la creación de todo nuestro aparato conceptual de identidades [...] Antes del siglo XIX las identidades seguían siendo cuestión de ‘órdenes’, y las personas eran definidas por su familia, su comunidad, su iglesia, su posición en la vida. Las nuevas categorías eran la señal de la nueva geocultura del moderno sistema-mundo, fundado y dominado por la ideología del liberalismo centrista que, en el curso del siglo XIX, llegó a dominar mentalidades y estructuras (Wallerstein, 2014, pp. 303-304)

Analicemos un poco a profundidad esta cita. De acuerdo con el sociólogo estadounidense, en el siglo XIX se establecerán las identidades que existen hasta la actualidad, mismas que muestran la forma en que el moderno sistema-mundo se habría internalizado en los seres humanos.

Las categorías como “ciudadano”, “proletario”, “burgués” o “nacional de” sustituirán, de acuerdo con Wallerstein, a las anteriores como “miembro de tal familia o clan”, “miembro de tal estamento”, o “miembro de tal gremio”.

El liberalismo político, con su planteamiento igualitario desvanecerá las diferencias entre los antiguos grupos identitarios,² aunque la conciencia de clase burguesa y proletaria, tomarían fuerza.

2 Hobsbawm tiene una interpretación ligeramente diferente de este cambio identitario. Para él “con el declive de las comunidades reales a las que estaba acostumbrada la gente —aldea y familia, parroquia y barrio, gremio, confraternidad y muchas otras—, declive que se produjo porque ya no abarcaban, como en otro tiempo, la mayor parte de los acontecimientos de la vida de la gente, sus miembros sintieron la necesidad de algo que ocupara su lugar. La comunidad imaginaria de ‘la nación’ podía llenar ese vacío” (Hobsbawm, 2015, p. 158).

Dentro de estos nuevos grupos identitarios, el que nos resulta de mayor interés es el de “nacional de”, es decir la conciencia del nacionalismo.

El tema de la Nación y el nacionalismo ha sido estudiado por una amplia gama de investigadores, de diferentes corrientes y pensamientos. En este caso, utilizaremos la propuesta de Hobsbawm en su libro *Naciones y nacionalismos desde 1780*. De acuerdo con Hobsbawm, la Nación es producto del Estado, y no su antecedente inmediato (Hobsbawm, 2012, p. 86).

Así, los Estados serían los encargados de, si bien no crear, por lo menos fomentar la idea de la Nación pues, como bien matiza el propio historiador inglés, “si bien es obvio que los gobiernos se encontraban ocupados en practicar una ingeniería ideológica consciente y deliberada, sería un error ver en estos ejercicios una pura manipulación desde arriba.

A decir verdad, sus mejores resultados los daban cuando era posible edificar sobre sentimientos nacionalistas extraoficiales que ya existían [...]” (Hobsbawm, 2012, p.101). Aterrizando esto al caso Latinoamericano, el nacionalismo en los nuevos países no sería un sentimiento previo a las independencias nacionales, aunque dentro de las poblaciones pudiera existir algún sentido de identidad protonacional, principalmente entre las élites criollas.

Si retomamos aquí la teoría de Castoriadis, podemos pensar que el nacionalismo latinoamericano surge de la apropiación por parte de las élites locales del magma de significaciones existente en las antiguas colonias, tomándolo como base del nuevo nacionalismo. Ahora, regresando al planteamiento de Wallerstein, este nacionalismo se iría formando cuando el liberalismo³ tome las riendas de los estados Latinoamericanos, cosa que como veremos no ocurriría inmediatamente después de las guerras de independencia.

Si bien como decíamos la llamada “Era de las Revoluciones” fue la época de los grandes cambios en lo político, especialmente importante para nuestro estudio las independencias de América Latina, la era del imperio sería aquella en que estos cambios se cristalizaron en Estados Nacionales. Como ejemplo de esto podemos tomar el caso mexicano.

Después de que la independencia formal de España se logró en 1921, las élites del país pasarían los siguientes años decidiendo la forma de gobierno que habrían de utilizar.

3 Es importante mencionar que Wallerstein considera que “desde 1789 ha habido sólo una verdadera ideología —el liberalismo— que ha exhibido sus colores en tres versiones principales [el liberalismo, el conservadurismo y el marxismo]” (Wallerstein, 2014, p. 43). Así, de acuerdo con el sociólogo, el conservadurismo decimonónico, e incluso el marxismo, serían únicamente una cara más del liberalismo. Esta precisión es importante debido a que en algunos países latinoamericanos los gobiernos serán considerados de corte “conservador”, pero si nos atenemos a esta idea, será realmente una variación más del propio liberalismo.

El centralismo y el federalismo, así como el conservadurismo y el liberalismo se enfrentarían en diversas guerras que llevarían a diferentes experimentos de gobierno.

Dos imperios, una república centralista bajo el mando de Antonio López de Santa Anna acompañada por un grupo de "notables", así como varios intentos de establecer una república federal, serían los tipos de gobierno experimentados durante la época.

Los enfrentamientos entre liberales y conservadores cesarían al finalizar la Guerra Reforma, con el asesinato del segundo emperador mexicano, Maximiliano de Habsburgo en 1867. Sin embargo, la paz no llegaría sino hasta 1876, cuando la última revuelta armada exitosa del siglo, la de Tuxtepec, colocara en el gobierno al liberal Porfirio Díaz. Gracias a la llamada *Pax porfiriana*, el país lograría una estabilidad política y económica nunca antes vista. Dicha estabilidad traería importantes capitales extranjeros al país, los cuales fueron muy bien recibidos por el gobierno.

De igual manera, la red ferroviaria tendría una expansión muy importante, pasando de 800 a alrededor de 20.000 kilómetros de vías férreas, conectando la mayor parte del país. Además del beneficio que esto traería en lo económico, en lo político fortaleció el poder del gobierno federal, que caería en manos del presidente. A pesar de la centralización del poder en el presidente, éste se rodeó de un grupo que es conocido como "los científicos", seguidores del positivismo de August Comte.

Pasemos ahora al caso argentino. A partir de la creación de las Provincias Unidas de Río de la Plata, el país sudamericano entraría en un proceso que enfrentó a los liberales establecidos en la Ciudad de Buenos Aires y los poderosos dueños de las grandes estancias ganaderas del interior, quienes se mostraban en contra del monopolio comercial que había establecido la capital.

Durante las décadas de 1860 y 1870 los gobiernos liberales establecieron las instituciones de un Estado nacional centralizado: un ejército profesional, un sistema judicial integrado, un banco nacional, entre otros. Como en el caso mexicano, el ferrocarril viviría una época de desarrollo importante, conectando por primera vez a las provincias más conservadoras del interior con Buenos Aires.

Aunado a esto, la conquista de nuevos territorios al norte y sur del país permitieron un importante desarrollo interno, que llegó a convertir al país en una potencia económica. El mayor problema al que se enfrentaría el país sudamericano sería el de la falta de población, por lo que en esos años se incentivaría de manera importante la migración, principalmente de españoles e italianos.

En lo político, entre 1880 y 1916 el Partido Autonomista Nacional (PAN) monopolizó el poder, siguiendo tendencias positivistas y liberales, como el Porfiriato había hecho en México. Estos años son conocidos en la historiografía argentina como la República Conservadora, un periodo de importante desarrollo económico en que el país se centraría en un modelo agroexportador, periférico a Inglaterra. Aunque en el periodo

existieron diversos presidentes, Julio Argentino Roca sería el más destacado del grupo, conocido popularmente como la generación del 80.

Pongamos un último ejemplo. Aunque en Bolivia se dio a finales del siglo XVIII el primer movimiento indigenista e independentista del Virreinato del Perú, encabezado por Tupac Amaru II, la independencia le vendría de fuera, al convertirse en uno de los últimos reductos españoles en Sudamérica.

Declarada la independencia formal en 1825, los primeros 50 años de vida independiente de Bolivia estarían marcados por la inestabilidad política y los constantes ataques de sus países vecinos en busca de acaparar sus importantes recursos naturales. En esos años Bolivia se enfrentaría con Brasil (1825) y Argentina (1837-1839). Así mismo, intervino en la Guerra Civil Peruana entre 1835 y 1836, con lo que se conformaría la Confederación Perú-Boliviana, que uniría a ambos países entre 1836 y 1839.

Algunos años después, ante la falta de capitales para la explotación del salitre, nitrato que en aquel momento era muy demandado en Europa como fertilizante, el gobierno boliviano permitiría la entrada de capitales y mano de obra chilena. Ante el intento boliviano de aumentar los impuestos al nitrato, Chile se lanzó en 1879 a la guerra, cuidadosamente pensada, bajo la excusa del pacto secreto entre Bolivia y Perú. La guerra finalizó con el triunfo chileno.

Para Bolivia, la guerra representó un punto de inflexión muy importante, no solo por la pérdida de su salida al mar sino porque, tras la misma, iniciaría una era dominada por un sistema de partidos que generaría estabilidad política que duraría hasta 1934 (Klein, 2016, p. 180). Entre 1880 y 1900, el poder recaería en el Partido Conservador, que se encontraba apoyado por la oligarquía minera de la plata. Tras la Guerra Civil de 1899, los liberales, apoyados por los mineros dedicados al estaño, tomaron el poder hasta 1921.

Como pudimos ver en los tres casos, los primeros 50 años de vida independiente de estos países fueron de conflictos internos, pero al establecerse gobiernos estables de corte liberal a finales del siglo XIX, los tres países alcanzan una época de estabilidad y desarrollo nunca antes conocida para ellos.

Pero este periodo de paz no sólo se alcanzó gracias a los acuerdos políticos internos, sino también al desarrollo del comercio global. En palabras de Williamson, la consolidación política se aceleró, pues, ante la perspectiva de progreso económico a través del comercio exterior. Conforme la demanda creciente de bienes de consumo de países latinoamericanos incorporaba a éstos a la economía mundial, las normas básicas del Estado liberal ganaron, en teoría, la aceptación general de las oligarquías criollas (Williamson, 2014, pp. 278-279).

El proceso político, que llevará al desarrollo de la identidad nacional en los países latinoamericanos de esta época, aparejado al desarrollo del comercio internacional, ten-

drán entonces una convergencia importante dentro del imaginario social. Siguiendo esta idea, analicemos los cambios económicos que se experimentaron en esos años.

Expansión del comercio global y extractivismo en América Latina

El crecimiento del comercio internacional va a ser una constante a lo largo del siglo XIX, y aunque en términos relativos su desarrollo se dio de manera más fuerte en la llamada "era del capital", en nuestro periodo fue mucho más amplia en términos absolutos. Dicha era, nos dice Hobsbawm, tuvo dos características importantes. Por un lado, va a aumentar el comercio internacional a una escala nunca antes vista, y por el otro, y en buena medida ligado a esto, la diferencia entre países desarrollados y periféricos se va a acrecentar.

Esto se debió en buena medida a la expansión del sistema de transportes sufrido en el periodo, pues la flota mercante se duplicaría entre 1780 y 1910, al tiempo que las redes ferroviarias se multiplicaron por cinco, permitiendo que espacios antes remotos se conectaran al sistema mundial (Hobsbawm, 2015, p. 71).

Esta interconexión va a ser muy importante para la época, pues debido al desarrollo tecnológico los países europeos van a requerir cada vez más materias primas que se encontraban geográficamente distantes al viejo continente para sostener su producción. Podríamos incluso decir que la extracción de metales preciosos dejó de ser el principal objetivo de las naciones latinoamericanas, dejando su lugar a metales industriales como el cobre y el estaño.

Así mismo, el desarrollo del automóvil va a requerir de la importación de crecientes cantidades de petróleo y caucho, que se producían principalmente fuera de Europa. Pero este comercio no sólo se vio acrecentado por las necesidades de la industria, sino también por el aumento del consumo de la población, principalmente el sector proletario, en Europa.

Los europeos aumentaron su consumo *per cápita* de productos tradicionalmente provenientes de las colonias, como el tabaco, el café, el cacao y el azúcar, cuyos precios disminuyeron gracias a la red de interconexión que ya comentábamos. El crecimiento de la población urbana y el desarrollo de un sector proletario que adquirió nuevos hábitos de consumo representó un estímulo muy importante para este crecimiento.

Así mismo, algunos productos perecederos que anteriormente eran abastecidos por los productores internos exclusivamente, pudieron ser llevados desde las remotas zonas tropicales y templadas de América, Asia y África, gracias al aumento de la velocidad de su transporte. Si bien esta nueva interconexión, como decíamos, tuvo un impacto importante sobre las poblaciones europeas en el consumo, su mayor impacto fue sobre lo que podríamos llamar los países exportadores pues, como dice Victor Bulmer-Thomas:

El periodo comprendido entre mediados del siglo XIX y la primera Guerra Mundial presenció el surgimiento de nuevos productos de exportación en toda América Latina como respuesta a las demandas creadas por la Revolución Industrial. Por consiguiente, los patrones coloniales de las exportaciones, basados principalmente en metales preciosos, terminaron por eclipsarse (Bumer-Thomas, 2017, p. 78).

Así mismo, nos dirá Hobsbawm, estos territorios se volvieron “un complejo de territorios coloniales y semicoloniales que progresivamente se convirtieron en productores especializados de uno o dos productos básicos para exportarlos al mercado mundial, de cuya fortuna dependían por completo” (Hobsbawm, 2015, p. 73).

Esta situación llevaría a la segunda característica a la que hacíamos alusión anteriormente, el aumento de la diferencia entre los países desarrollados y periféricos, pues al ser dependientes de uno o pocos productos, las economías latinoamericanas sufrían constantemente de las fluctuaciones de los precios internacionales de los mismos.

Ahora bien, aunque las investigaciones actuales muestran que en realidad América Latina obtuvo un importante superávit en el periodo, la realidad es que las ganancias no sirvieron en la mayoría de los países para su capitalización interna. De acuerdo con Hobsbawm, la renta *per cápita* pasaría de ser el doble en los países centrales frente a los del tercer mundo en 1880, a ser tres veces mayor en 1913, tendencia que seguiría incrementándose a lo largo del siglo XX (Hobsbawm, 2015, p. 23).

Hablemos ahora específicamente sobre lo ocurrido en América Latina con respecto al extractivismo. De acuerdo con Sandra Kuntz:

Es bien sabido que el crecimiento liderado por las exportaciones [en América Latina], tal como se desarrolló en el último tercio del siglo XIX, comenzó con una canasta generalmente compuesta de productos primarios que se vendían en el mercado internacional con mayor procesamiento. Este rasgo inicial acentuó la percepción de que el modelo poseía beneficios limitados sobre la economía exportadora, pues el valor incorporado en las exportaciones era poco significativo.

En algunos casos, esta característica se mantuvo a lo largo de la era exportadora, mientras que en otros se modificó progresivamente, tanto por la incorporación de nuevos productos con mayor valor agregado como porque los productos originales pasaron por alguna clase de preparación o elaboración industrial antes de ser enviados al exterior (Kuntz, 2019, p. 48).

Analicemos esto. De acuerdo con la historiadora económica, como también decía Hobsbawm (2015), los países de la región se centraron en exportar materias primas. Dicho tipo de exportaciones, afirma a continuación, “*acentuó la percepción de que el*

modelo poseía beneficios limitados sobre la economía exportadora”. Esta afirmación resulta especialmente importante para nosotros, pues nos habla sobre cómo se interpretó el extractivismo llevado a cabo durante este periodo, de manera negativa.

A pesar de que, como decíamos, durante la llamada Era del Imperio el comercio internacional llevó a los países de la región a aumentar sus exportaciones, la historia posterior ha asumido que dicho aumento trajo beneficios limitados para América Latina, siendo los países centrales los más beneficiados. Más adelante, la misma autora hace un balance general de los efectos del periodo⁴ en la región:

[...] El modelo pudo ser más exitoso para tres países, Argentina, Chile y México. Una mirada más cercana muestra que Chile parece ser un caso limítrofe que carece de algunas de las ventajas cualitativas que los otros dos países exhibían, es decir, diversificación e industrialización [...] En un segundo grupo aparecen Brasil y Perú, por distintas razones. Brasil experimentó un ciclo exportador largo con escasa diversificación y un crecimiento exportador más bien modesto.

Perú tuvo una fase temprana de expansión exportadora (la era del guano) [...] Luego, experimentó una era de crecimiento económico liderado por las exportaciones [...] con características similares a las mencionadas para Brasil [...]finalizando con una tercera etapa] más corta, de más intenso crecimiento en todos los indicadores y una mayor diversificación.

Finalmente, dos países muestran pertenecer a un tercer grupo: Bolivia y Colombia. En ambos casos, fases tempranas de expansión exportadora que se quedaron cortas en todos los indicadores, mientras que fases más tardías imprimieron un mayor impulso y mayores contribuciones, pero fueron más cortas de duración (Kuntz, 2019, p. 382).

Con este balance, podemos concluir que, como ya también adelantaba Hobsbawm, la era de las exportaciones no fue benéfica para la mayor parte de los países de la región, y que para aquellos que sí lo fue, también existen grados de beneficios.

Una visión similar la tiene Bulmer-Thomas, quien nos dice que:

Sólo el desempeño de las exportaciones de tres países (Argentina, Chile y

4 Es importante mencionar una diferencia de periodización existente entre el planteamiento de Hobsbawm y el de Kuntz. Mientras que el primero cierra la Era del Imperio con el inicio de la Primera Guerra Mundial, desde una visión centrada en Europa, la historiadora mexicana lo termina en 1929, con el inicio de la Gran Depresión. A pesar de esta diferencia, me parece que ambas temporalidades se pueden entender de manera más o menos similar, pues el impacto de la Gran Guerra en América Latina va a ser menor, por lo que los procesos sociales y económicos antes vistos continuarán en la región hasta el 29.

Cuba) se puede considerar satisfactorio, es decir, congruente con una tasa de crecimiento deseada del PIB real per cápita al menos del 1% anual. [...] Vemos así que el desempeño de las exportaciones durante la edad de oro del desarrollo guiado por las mismas dejó mucho que desear (Bulmer-Thomas, 2017, p.89).

Estos, como decíamos, va a dejar una imagen negativa no sólo de la era de las exportaciones, sino del extractivismo en general en América Latina, que tendrá un fuerte impacto sobre el imaginario social.

Pasemos ahora a analizar algunos ejemplos sobre cómo se dio el extractivismo en países específicos. De acuerdo con Edwin Williamson (2014), Brasil fue el primer país latinoamericano en centrar sus exportaciones en un producto. Durante la mayor parte del siglo XVI, el principal producto de exportación brasileño sería el Palo de Brasil, siendo sustituido en 1580 por el azúcar, cuya industria convirtió al país sudamericano en la más importante posesión de la corona portuguesa en el siglo XVII.

Aunque el hallazgo de oro en la región de Minas Gerais en 1695 traería un impulso a la economía brasileña, el azúcar continuaría siendo el principal producto de exportación de la colonia portuguesa hasta su independencia. Debido a las características de su cultivo, el cual requería grandes extensiones de tierra, la economía brasileña exportaba grandes cantidades de azúcar al tiempo que necesitaba importar el resto de los bienes que requería para el consumo de su población.

Así, la dependencia a dicho producto hacía que mientras los precios internacionales fueran altos, el desarrollo económico llegó a las zonas azucareras, al tiempo que, cuando estos caían, las poblaciones locales sufrieron escasez de alimentos a pesar de los suelos tan fértiles en los que vivían.

Como consecuencia de las guerras napoleónicas, el comercio internacional del azúcar vio entrar un nuevo competidor: la remolacha europea, que acaparó la mayor parte del mercado durante la segunda mitad del siglo XIX, al mismo tiempo que la caña de azúcar cubana ganaba terreno. Así, Brasil pasaría de depender del azúcar a hacerlo del café, que en diversos momentos de los siglos XIX y XX fue el principal producto de exportación de casi la mitad de los países latinoamericanos, (Topik y Samper, 2017, p.168).

Dada la preferencia de españoles y portugueses por el cacao y el té, la vasta expansión del cultivo del café en el subcontinente se daría hasta después de las independencias, convirtiéndolo en un producto poscolonial (Topik y Samper, 2017, p. 175). Con respecto a Brasil, las exportaciones cafetaleras se multiplicaron por 75 entre su independencia, en 1822, y el fin del siglo, misma época en la que el consumo mundial se multiplicó por 15.

De esta manera, la ex colonia portuguesa se mantuvo como líder mundial en la industria a lo largo de 150 años. Algo similar pasaría en Colombia. Durante la primera mitad del siglo XIX, el café representaba únicamente el 4% de las exportaciones colombianas. Sin embargo, a partir de 1860 inició un proceso de crecimiento de la producción

que, de la mano al aumento en los precios internacionales, haría de la producción de dicho grano la principal a partir de 1880.

Contrario al caso del azúcar se puede hablar del caucho brasileño. El país sudamericano llegó a producir alrededor del 90% de todo el caucho vendido en el mundo entre los años de 1870 y 1910 (Frank y Musacchio, 2017, p. 388). Debido a que el producto se daba de manera natural en la zona del Amazonas, su monopolio fue relativamente sencillo en un inicio.

Sin embargo, con el paso del tiempo y el aumento de la demanda del mismo, motivada principalmente por la invención del automóvil, otras zonas del globo, especialmente el sudeste asiático, buscaron producirlo, superando así a Brasil en 1913. Ante la estrepitosa caída de la producción brasileña y de los precios internacionales en 1922, el caucho se convertiría en símbolo del crecimiento efímero e insostenible producido por el monocultivo, así como del derroche económico insostenible representado en Manaus con el Teatro Amazonas, legado en el que todavía hoy en día se puede evidenciar aquella época de opulencia.

Como se podrá ver en los ejemplos antes mencionados, azúcar, café y caucho, entre otros productos, acapararon en buena medida la economía brasileña en el periodo de la era del imperio, generando jugosas ganancias para las élites locales, al tiempo que se establecía una importante dependencia para el país en general. Como podemos ver, el resultado distó de ser positivo.

Un poco más al sur encontramos Argentina. A partir de que Buenos Aires fue reconocida constitucionalmente como capital federal de la Nación en 1880, el país alcanzó un rápido ritmo de desarrollo económico que duraría por lo menos hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial. La economía argentina dependía históricamente de la producción de ganado bovino y lanar, por estos años el cultivo de cereales tomaría también un sitio importante en ella.

Ante la falta de capitales y de pericia técnica, Argentina establecería una relación bilateral muy importante con Inglaterra, la cual compraría mayoritariamente el trigo y la carne producida en el país sudamericano, al tiempo que las inversiones inglesas alcanzaban un lugar hegemónico en la estructura interna de la economía del país. Si retomamos la propuesta de Sandra Kuntz y Victor Bulmer-Thomas, Argentina fue de los pocos países que lograron que este extractivismo tuviera efectos verdaderamente positivos para la nación.

Giremos ahora nuestra atención a la zona andina, especialmente Perú, Bolivia y Chile. El primero de estos países tenía ya, desde 1840, la experiencia de exportar un producto natural que no había sido explotado durante la colonia, el guano. Por su posición geográfica, en las costas de las islas cercanas al continente, la explotación del guano no requería de grandes esfuerzos, bastaba con un plano inclinado para subirlo a los barcos y enviarlo a Inglaterra, en donde era muy apreciado como fertilizante.

Algunos años después, otro fertilizante natural que se encontraba en las costas peruanas se convertiría en un importante sustituto del guano, el salitre. Cuando el gobierno peruano decidió utilizar el salitre como sustituto en los fondos públicos al guano, inició la llamada Guerra del Salitre, o Guerra del Pacífico, que enfrentó a Perú y Bolivia con Chile entre 1879 y 1883.

El gran perdedor de dicho enfrentamiento sería el Estado peruano, el cual, además de perder a perpetuidad la provincia de Tarapacá y por 10 años las de Arica y Tacna, tendría que pagar por concepto de reparación de guerra un millón de toneladas de guano (Contreras y Zuluaga, 2014, p. 201).

Ante la pérdida de dos fuentes tan importantes de ingresos, los peruanos voltearon la cara hacia la olvidada minería, extrayendo no solo metales preciosos, sino también metales industriales como el cobre, e incluso petróleo. Perú, decíamos, fue un caso de logro mediano, pues a pesar de la pérdida de parte de su territorio, tuvo la capacidad de conseguir nuevos productos de extracción atractivos para el mercado internacional.

Para el caso de Chile, la minería sería una industria que no se vería mayoritariamente afectada por la guerra de independencia. Desde los primeros años tras su independencia, el país sudamericano acaparó la atención de los extranjeros, especialmente los ingleses, quienes llegaron hasta ese punto para explotar sus riquezas naturales.

A mediados de siglo, la explotación del cobre cobraría mayor importancia, principalmente por los avances tecnológicos ligados al horno de reverbero y el descubrimiento en 1949 de la veta principal del mineral de Tamaya. La creciente industrialización europea y el rápido desarrollo de la industria eléctrica harían de este metal un producto muy demandado, cuyos impuestos apoyaron el desarrollo del Estado chileno.

Igualmente, desde la primera mitad del siglo, capitales y mano de obra chilena serían los primeros en iniciar la explotación del salitre en Antofagasta, por entonces territorio boliviano. Hasta 1880, la propiedad del salitre sería compartido por el estado peruano y empresarios chilenos, ingleses y alemanes, pero después de la Guerra del Pacífico se convertiría en un monopolio chileno, generando una riqueza nunca antes vista.

Esta nueva riqueza llevaría a la guerra civil de 1891, en donde el estado chileno, representado por el presidente de la república, se enfrentaría a la oligarquía empresarial, representada por el Congreso Nacional (Sagredo, 2014, p. 211).

Ya para principios del siglo XX, dos terceras partes de las exportaciones chilenas eran de cobre y salitre, al tiempo que los capitales estadounidenses empezaban a tomar importancia en Chile, dejando rezagados a los ingleses. A pesar de la poca diversificación de sus exportaciones, Chile es considerado por Bulmer-Thomas un caso de éxito como país extractivista en este periodo, mientras que Sandra Kuntz matiza esa apreciación.

Por su parte, Bolivia tuvo un crecimiento muy importante en su producción de plata durante la segunda mitad del siglo XIX. Mientras que en el decenio de 1860 el promedio anual era de 344.000 marcos al año, para la siguiente década se triplicaría a 956,000 marcos, continuando con un crecimiento constante hasta su punto máximo en 1895 cuando llegó a 2.6 millones de marcos (Klein, 2016, p. 184).

A inicios del nuevo siglo, la plata cedería su lugar al estaño “un dios de lata que reina sobre los hombres y las cosas, y está presente en todas partes” (Galeano, p. 194). Ante el colapso de los precios internacionales de la plata en aquellos años, los bolivianos aprovecharon su infraestructura ferroviaria para explotar el estaño, en un momento en que la demanda se encontraba en aumento y la oferta de las minas europeas se estaba agotando.

En el caso boliviano, la alta concentración de las exportaciones en minerales, principalmente el estaño, hace que el balance no sea tan positivo. Aunado a esto, la “débil conexión del sector exportador con el resto de la economía [y] su escaso impacto en la producción agraria e industrial” (Peres-Cajías y Carreras-Marín, 2019, p.137), hizo que el beneficio de esta era exportadora se centrara en los pocos empresarios del rubro, así como en el pago de impuestos, que tendría el impacto positivo de fortalecer al Estado boliviano en la época.

Pasemos ahora al caso mexicano. Si, como decíamos, hasta el año de 1880 la mayor parte de las exportaciones mexicanas se concentraron en la plata, con la llegada del ferrocarril la producción minera creció de manera exponencial al tiempo que se inició la explotación de otros minerales, como el cobre, zinc y plomo (Williamson, 2014, p. 266).

De igual manera, la producción agrícola presentaría importantes crecimientos en productos como el henequén, hule, azúcar y café. Ahora bien, contrario a la mayoría de los casos antes mencionados, Sandra Kuntz asegura que, durante el periodo del desarrollo exportador, México logró capitalizar los recursos provenientes de las exportaciones, iniciando así un proceso de industrialización que entraría en boga en la región después de la Gran Depresión (Kuntz, 2019, pp. 277-327).

El gobierno mexicano lograría también abastecer el 80% de los bienes manufacturados que se requerían para el consumo interno, al tiempo que llegó a exportar productos con procesos industriales, como productos intermedios en la metalurgia (75% del total exportado), y petróleo refinado o productos derivados (50% del total) (Kuntz, 2019, p. 322).

Una mención especial merece el henequén. Esta planta, es cultivada principalmente en la Península de Yucatán, región aislada del comercio internacional en buena medida por la falta de recursos minerales de importancia. Así mismo, la falta de fuentes de agua superficial de fácil acceso y las altas temperaturas hacían de la agricultura un negocio complicado, que lograría ser superado con dicha planta autóctona.

Con la invención de la agavilladora mecánica a principios de la década de 1870, la producción de trigo pudo duplicarse con una importante reducción de mano de obra, haciendo del henequén el material óptimo para este trabajo. Así, a partir de estos años y hasta la llegada de la Revolución Mexicana a la península, Yucatán era auténticamente una república henequenera, dominada por un grupo reducido de hacendados que construirían imponentes haciendas que existen aún hoy en día y bellas residencias en el Paseo Montejo en la Ciudad de Mérida.

Aunque a nivel nacional la exportación de henequén representaba apenas el 15% del total, para la región como decíamos, representaba la mayor fuente de riqueza, marcando de manera decisiva la vida de los yucatecos. A pesar de la diversificación de los productos de exportación y el prematuro desarrollo de la industria mexicana, este gran país no se salvó de los efectos negativos de la dependencia de productos de extracción, y la zona henequenera sufriría mucho las consecuencias de los desarrollos tecnológicos que terminarían por reemplazar al henequén.

A modo de conclusión

Después del amplio recorrido que hemos realizado sobre la llamada Era del Imperio, es momento de analizar cómo la extracción de materias primas de América Latina en aquella época impactó el magma de significaciones de las naciones latinoamericanas. De acuerdo con Castoriadis, el magma se da en lo histórico-social, que:

Es, por un lado, unas estructuras dadas, unas instituciones y unas obras 'materializadas', sean materias o no; y, por otro lado, lo que estructura, instituye, materializa. En una palabra, es la unión y la atención de la sociedad instituyente y de la sociedad instituida, de la historia hecha y de la historia que se hace (Castoriadis, 2013, p. 172).

Así, para comprender el imaginario social es necesario retomar tanto lo instituido, es decir el pasado, como lo instituyente. En este sentido, lo ocurrido durante la época del imperio impactó de manera decisiva el imaginario social, que, aunque se vaya modificado con el hacer social en el presente, mantiene elementos de aquella época que siguen formando parte del magma.

¿Cómo impactó entonces la era del Imperio al imaginario? Como planteaba Sandra Kuntz, la percepción que se va a tener posteriormente sobre esta época va a ser más bien negativa, pues se considera que las ventajas de esta era de exportaciones favoreció más a las potencias centrales que a los países de la región.

Si bien como vimos, los datos macroeconómicos presentados por Hobsbawm parecen confirmar esta percepción, es importante, como nos propone Mariano A. Bonialiani, no tomar de manera acrítica dicha afirmación. Como pudimos ver en casos específicos, la era de las exportaciones tuvo efectos positivos sobre algunos países, y

su éxito debe ser analizado caso por caso, que es lo que ha intentado la historiografía actual. Sin embargo,

El fin abrupto de la era exportadora como resultado de la Gran Depresión de 1929 alimentó una cultura económica que percibía en forma negativa esta fase del desarrollo latinoamericano. [...] En este contexto, la idea de que la industrialización era la única ruta posible para alcanzar el desarrollo sostenible tomó fuerza, y fue acompañado por la noción de que esta ruta había sido bloqueada por el crecimiento hacia afuera. El estructuralismo articuló ambas nociones en un paradigma que estaba muy de acuerdo con las posturas nacionalistas y antiimperialistas de los regímenes latinoamericanos de la época [...].

Las generaciones sucesivas aportaron nuevos elementos a la interpretación original, radicalizando algunos de sus postulados y añadiendo una dimensión político-ideológica, que profundizó las críticas contra la manera en que América Latina participó en la primera globalización del mundo moderno. Esta corriente es conocida como teoría de la dependencia y salió de las aulas universitarias para apoderarse del imaginario social y la cultura económica [...] (Kuntz, 2019, p. 392).

En este sentido, es que podemos entender el impacto de la era del imperio al imaginario social. Ante la caída abrupta de las exportaciones en la región, los estados Latinoamericanos y la academia iniciaron un fuerte ataque a la idea del extractivismo como aquí lo hemos definido, es decir la venta al exterior de materias primas en grandes cantidades con poco o nulo proceso industrial, pues se consideraba que estas riquezas beneficiaban más a los países industrializados.

Esta nueva visión reconstituyó el lugar que dentro del imaginario social tenían muchos de estos productos, siendo algunos fuertemente ligados al nacionalismo, como ya he expuesto en otro sitio sobre el petróleo en México. Esta nueva imagen puede ser resumida de manera clara en la poética frase de Eduardo Galeano, quien en su libro *Las venas abiertas de América Latina* asegura que:

Desde la etapa de los metales al posterior suministro de alimentos, cada región [de América Latina] se identificó con lo que produjo, y produjo lo que de ella se esperaba en Europa: cada producto cargado en las bodegas de los galeones que surcaban el océano, se convirtió en una vocación y en un destino (Galeano, 2015, p. 48).

Para Galeano, como para muchos latinoamericanos de esta época, los productos de extracción marcaron las regiones desde donde fueron embarcados para cubrir las demandas europeas y estadounidenses.

Si retomamos la definición de nación propuesta por Benedict Anderson, quien la define como "una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y so-

berana" (Anderson, 1993, p. 22), podríamos decir que los productos de extracción de la era del imperio forman parte de dicho imaginario. Regresando a la propuesta de Castoriadis, es imposible que hagamos una imagen perfecta y estática del imaginario de nación que tiene cada país latinoamericano, pero lo que sí podemos pensar es que dentro de ellos se encuentran los productos de extracción, y que la era del imperio aportó, aunque sea una parte, de ello.

Referencias bibliográficas

- Anderson, B. (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Contreras, C. y Zuloaga, M. (2014) *Historia Mínima de Perú*. México: El Colegio de México.
- Bulmer-Thomas, V. (2017) *La historia económica de América Latina desde la Independencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (2013). *La institución imaginaria de la sociedad*. México: Tusquets Editores.
- Galeano, E. (2015). *Las venas abiertas de América Latina*. México: Siglo XXI Editores.
- Hobsbawm, E. (2012) *Naciones y Nacionalismos desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2015) *La era del imperio (1875-1914)*. México: Editorial Planeta.
- Klein, H. (2016) *Historia Mínima de Bolivia*. México: El Colegio de México.
- Kuntz, S. (2019) *La primera era exportadora reconsiderada: Una revaloración de su contribución a las economías latinoamericanas*. México: El Colegio de México.
- Marichal, C; Topik, S; Frank, Z. (coord.) (2017) *De la plata a la cocaína. Cinco siglos de historia económica de América Latina, 1500-2000*. México: El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica.
- Morales, J. (2020) "Imaginarios nacionales y extractivismo en América Latina: el caso del petróleo en México" en Morales, J. y Muñoz K. G. (editores) *Imaginarios sociales. Cuatro aproximaciones desde las identidades y los espacios*. Cali: Universidad Santiago de Cali. Pp. 61-78
- Ocampo, J. A. y Botero, M. M. (2003) "El café y los orígenes del desarrollo económico moderno en Colombia" en Cárdenas, E; Ocampo, J. A. y Thorp. R. *La era de las exportaciones Latinoamericanas. De fines del siglo XIX a principios del XX*. México: Lecturas, El Trimestre Económico, Fondo de Cultura Económica.
- Orlando, J. (2017) *Historia mínima de Colombia*. México: El Colegio de México.
- Peres-Cajías, J. A. y Carreras-Marín, A. "El sector exportador en Bolivia (1870-1950)" en Kuntz, S. (2019) *La primera era exportadora reconsiderada: Una revaloración de su contribución a las economías latinoamericanas*. México: El Colegio de México.

Quijano, A. (2000) Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina en Lander, E. (Ed.) *La colonialidad del saber, eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires: Clacso.

Sagredo, R. (2014) *Historia Mínima de Chile*. México: El Colegio de México.

Wallerstein, I. (2014). *El moderno sistema mundial IV, el triunfo del liberalismo centralista, 1789-1914*. México: Siglo XXI Editores.

Williamson, E. (2014) *Historia de América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.